

---

VADILLO ROMERO, E., *Antropología Teológica I. Introducción teológica a la Creación, vocación sobrenatural y pecado original* (Colección Manuales Teología Sistemática; Instituto Teológico “San Ildefonso”, Toledo 2012). 566 pp. ISBN: 978-84-15669-03-6

Pocos manuales poseemos, dados los tiempos de confusión que nos ha tocado vivir, con la claridad expositiva del que hacemos esta presentación. El autor, voz preclara en la antropología teológica –asesor de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe en España y profesor de tan excelsa materia en el afamado Instituto Teológico “San Ildefonso” de Toledo–, expone con incisiva brillantez lo que debe conocer no sólo cualquier alumno del primer nivel del ciclo de estudios eclesíasticos –a quienes se presenta, sobre todo, el presente manual (p. 13)–, sino también todo teólogo ocupado o que quiera ocuparse en estas cuestiones.

La introducción (pp. 13-24), aunque breve, es fundamental para entender la obra. No pretende el autor ofrecer un ensayo sobre el mundo o el hombre ni un *status quaestionis* de las últimas aportaciones sobre antropología teológica. Limita muy bien el contenido, que es “asegurar una serie de nociones básicas y ofrecer algunos textos esenciales de las fuentes de la teología” en lo que se refiere a la Creación, al fin de las criaturas y al pecado original. Por eso la obra que presentamos no pretende reinterpretar las verdades de la fe para adaptarlas a la mentalidad actual. Persigue el autor lo contrario: presentarlas para iluminar nuestro actual modo de pensar. La metodología sigue, en primer lugar, el *auditus fidei*, es decir, la exposición de los datos de la Escritura y de la Tradición interpretadas correctamente por el Magisterio infalible de la Iglesia. A más de escuchar las fuentes de la Revelación, el autor quiere indagar en ellas. El *intellectus fidei* se realiza de la mano de Santo Tomás, por recomendación magisterial y por el valor intrínseco de su doctrina. Aconseja, además, una vida abierta al Espíritu para poder comprender mejor la Verdad que se estudia. En efecto, “para estudiar verdaderamente la teología es necesario un ambiente espiritual, pues, de este modo, el sujeto que estudia tiene una mayor connaturalidad con aquello que estudia”. Se trata de un consejo que reviste, desde nuestro punto de vista, gran acierto y valentía.

La estructura de la obra es sencilla pero no por ello carente de rigor. Los seis primeros capítulos se corresponden al momento del *auditus fidei*. En ellos se encuentran *positivamente* los datos que ofrecen las fuentes bíblicas, patrísticas, medievales y magisteriales del último tiempo. Los siguientes capítulos (7-12) atienden al *intellectus fidei*, esto es, a la organización sistemática y a la profundización especulativa. El autor vertebró su obra, por tanto, según recomienda el capítulo 16 de *Optatam totius*, que fue retomado con especial fuerza en *Fides et Ratio* 66. Cada capítulo, además, viene introducido por un cuadro sinóptico donde se insertan los puntos que se van a tratar a continuación y rematado, asimismo, por una síntesis que recapitula el contenido del tema. También se añaden algunos títulos bibliográficos con los que el lector puede ampliar lo referido en las páginas inmediatamente anteriores. En este

sentido, habría sido deseable encontrar una lista de títulos más amplia. La naturaleza de la obra, sin embargo, justifica de sobra esta ausencia. No se olvida la inserción de una gran variedad de textos de los autores que han sido aludidos en cada momento.

El cap. I (pp. 25-52), titulado *El mundo y el hombre en el Antiguo Testamento*, recorre los datos que ofrecen estos libros de la Revelación. Por eso, se describen con rigor las enseñanzas fundamentales del libro del Génesis sobre los inicios del mundo y del hombre. Estudia los orígenes del hombre a partir de los dos relatos de su creación, Gén 1,26-28 y Gén 2,4b-25. No olvida hacer un examen de los términos *basbar*, *nefesh*, *ruah* y *leb*. También se aborda el origen del mal, sobre todo a partir del relato del pecado original. Por último, repasa el concepto de Alianza y de Providencia, que son significativos para comprender el mundo y el hombre en este ciclo de la Revelación.

El cap. II (pp. 53-82), que lleva por título *El mundo y el hombre en el Nuevo Testamento*, es complemento del anterior. Se desarrolla en tres apartados, sin obviar que la figura de Jesucristo arroja una luz nueva sobre la creación y el hombre. El primero de los apartados extrae los datos positivos sobre la Creación en los Evangelios Sinópticos, Hechos, el Corpus de San Pablo y San Juan. Se destacan la posibilidad de conocer a Dios a partir de la Creación (Rom 1,20) y la bondad de la misma (1 Tim 4,1-5), así como la mediación del Hijo en ella (Col 1,15-20). El segundo apartado versa sobre el hombre y su salvación. Dedicada, a su vez, generosas líneas a exponer el pecado del hombre y la salvación que trae Cristo, especialmente la ‘nueva Creación’, la ‘justicia’ y la ‘gracia’, así como las expresiones para la fe, la esperanza y la caridad. El tercer y último apartado se trata la cuestión de los ángeles en el Nuevo Testamento, distinguiendo entre ángeles y demonios. Se trata de una cuestión muy bien traída, toda vez que la angelología –como el propio autor señala al principio de la obra– ha quedado en “penumbra absoluta”, negándose así la importancia de la creación inmaterial.

El cap. III (pp. 83-134) y el cap. IV (pp. 135-184) van de la mano, ya que estudian las aportaciones patrísticas sobre el mundo y el hombre, separados cómodamente por el año 325, fecha del concilio de Nicea. En el cap. III, titulado *Las enseñanzas de los Padres de la Iglesia anteriores al concilio de Nicea*, se parte de un breve análisis de las cuatro filosofías imperantes en los siglos I y II (medio-platonismo, aristotelismo, estoicismo y epicureísmo). Absolutamente acertadas son las breves líneas que se encuentran al final de la exposición de las escuelas filosóficas, con el título “Nota sobre la (presunta) helenización del cristianismo”. Repasa después los primeros testimonios cristianos sobre el mundo y el hombre, centrándose en Taciano, Justino, Atenágoras y Teófilo de Alejandría. Elige, además, a Ireneo, Orígenes y Tertuliano como los Padres principales de cada escuela patrística. El cap. IV, *Las grandes aportaciones desde el siglo IV hasta la consolidación de la enseñanza agustiniana*, es uno de los más densos de la obra por el contenido tratado. Parte del análisis del neoplatonismo, del maniqueísmo y del priscilianismo, acompañado éste de la respuesta del Magisterio de la Iglesia. La parte fundamental del capítulo la ocupa la aportación de San Agustín y la recepción que de ella hizo la Iglesia después. Expone la bondad

agustiniana de la Creación en oposición a las tesis maniqueístas, la inconsustancialidad del mal, así como la creación simultánea y temporal. También se detiene en la concepción del hombre como alma y cuerpo y, por supuesto, en la enseñanza sobre el pecado original y la gracia, expuesta cronológicamente en la controversia contra Pelagio y Juliano de Eclana. Muy interesante es el planteamiento sobre la predestinación agustiniana, referida a propósito como ‘elección divina gratuita’ para evitar así interpretaciones erróneas. Los temas difíciles del obispo de Hipona, como la relación entre el don divino de la fe –especialmente el *initium fidei*– y la colaboración del hombre, son tratados con exquisita claridad y coronados muy adecuadamente por la luz magisterial. Cierra el capítulo con una nota sobre la “verdadera religión en San Agustín”, motivada por el relativismo religioso del momento actual.

Palmario es el cap. V (pp. 185-252), intitulado *Problemas del Medievo y de la reforma protestante*. Tras hacer un recorrido por las tesis de Godescalco y Abelardo, el grueso del capítulo es la descripción detallada de los planteamientos protestantes en lo que a antropología teológica se refiere y de la respuesta que contra ellos dio la Iglesia en el concilio de Trento. No menos interesante es el apéndice sobre “la declaración conjunta sobre la justificación”, del año 1997. No olvida el autor hacer referencia a los agustinismos problemáticos de Bayo y Jansenio. El cap. VI (pp. 253-306), *Cuestiones propuestas por la modernidad y la respuesta de la Iglesia*, aborda los planteamientos que en los dos últimos siglos se hicieron sobre el tema. Destaca el análisis que se ofrece de la *Dei Filius* del Concilio Vaticano I, de la *Humani generis* de Pío XII y de la *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II.

Los capítulos siguientes, como va dicho, son sistemáticos. En todos ellos se aprecia una magnífica capacidad de síntesis, fruto del dominio que el autor tiene de la disciplina. No renuncia a citar incluso textos del Catecismo de la Iglesia Católica que ayudan, sin duda, a delimitar con inexorable claridad el fondo de la materia. Así, el cap. VII (pp. 307-340), cuyo título es *La Creación: obra de un Creador trascendente*, aborda temas tan profundos como la no eternidad del universo y la trascendencia de Dios. El cap. VIII (pp. 341-374), *La providencia y el designio de Dios* explica cómo Éste conoce a las criaturas. Los conceptos de providencia y predestinación son admirablemente tratados en estas líneas, además de abordar el misterio del mal, cuya resolución desemboca en Cristo, designio divino de salvación. El cap. IX (pp. 375-412), *Criaturas espirituales y criaturas materiales* es un completo tratado de angelología, tan denostada en estos últimos tiempos por la ignorancia modernista. Es preciso, como hace el Dr. Vadillo, recuperar este aspecto que vertebra, sin lugar a dudas, todo el tratado de antropología teológica. Una ausencia del mismo traicionaría la Revelación y dejaría expuesto al *absurdum* cuestiones tan basilares como el pecado original y, en una perspectiva más práctica, la liturgia de los exorcismos. El cap. X (pp. 413-449), con el título *El hombre, síntesis de materia y espíritu* es complemento del anterior, ya que se centra en la principal de las criaturas materiales: el ser humano. Las cuestiones que vertebran el capítulo –con marcado acento filosófico– son las del hombre ‘creado a imagen y semejanza de Dios’, el conocimiento y la voluntad libre con que está caracterizado, el alma como *forma corporis*, la creación inmediata del alma

y, finalmente, la noción de persona en el hombre. El cap. XI (pp. 451-488), llamado *La vocación a un fin que supera la naturaleza humana*, aborda la cuestión de lo sobrenatural, especialmente con las enseñanzas de la Revelación y el Magisterio. Con gran rigor y valentía expone los plantamientos que sobre la naturaleza y la gracia hicieron afamados autores como H. de Lubac y K. Rahner, sin renunciar a plantear las dificultades que se observan en sendos sistemas. La síntesis tomista es ofrecida, una vez más, como la más propia para resolver las “supuestas” rigideces del dicho binomio de naturaleza y gracia. El cap. XII y último (pp. 489-546), *Estado original del hombre, pecado y salvación*, no deja en el tintero las cuestiones sobre el estado original del hombre y el pecado primigenio, sobre todo en lo que respecta a su esencia, su transmisión y sus efectos. El capítulo termina con un apéndice sobre la reparación del hombre caído a partir de la gracia, de la que se hace un completo análisis tipológico. El volumen se cierra con unas conclusiones y un índice general.

A decir verdad, esta breve recensión no hace justicia a la síntesis que ofrece el autor sobre la antropología teológica. La enorme profusión de datos, ordenados y explicados, así como la perfecta estructura en la que se engarzan los diferentes temas hacen de este manual, sin lugar a dudas, un compendio fundamental de la teología católica en estas lides. La claridad de la expresión permite el acceso a los estudiantes de los primeros cursos de teología, pero también recuerda –y enseña– al teólogo ya formado los pilares sanos con los que hay que edificar un sólido esqueleto antropológico.

Roberto López Montero

---

CRUZ CRUZ, J., *Neoplatonismo y mística. La contemplación en la obra de Tomás de Jesús (s. XVI)* (Eunsa, Pamplona 2013). 278 pp. ISBN: 978-84-313-2899-3

Diego D'Ávila Herrera (Tomás de Jesús, en su orden carmelitana) (Baeza, 1564 - Roma, 1627) es uno de los grandes autores espirituales recuperados en el siglo XX por el P. Arintero con motivo del debate acerca de la “cuestión mística”, aunque después no habría tenido el reconocimiento correspondiente. Su aportación más original habría sido admitir la posibilidad de desarrollar una auténtica actitud mística articulada con la acción en el ejercicio de las tareas más cotidianas mediante la ahora denominada *contemplación adquirida*, con un solo requisito: perseguir el fin apostólico de “salvar almas”, siguiendo a este respecto la espiritualidad carmelitana reinaugurada por Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz. Por su parte, ahora Juan Cruz Cruz presenta a Tomás de Jesús, como el gran teórico místico que logró hacer explícitos los presupuestos gnoseológicos y antropológicos de este movimiento espi-